

Antonio García Barbeito

EL TIEMPO DE LA LUZ

Pregón de la Semana Santa



SEVILLA
2010

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
21 de marzo de 2010
Antonio García Barbeito**



LA VÍSPERA

I

PARECE que es la hora, y no es la hora.
Parece que está todo... y algo falta.
Parece que la alcanzo y es más alta.
Parece que se acerca, y se evapora.

Parece que amanece, y es la aurora.
Parece que es su voz, me sobresalta,
y siento que algo huye, algo salta
como una luz esquiva y brincadora.

Pero sigo esperando, que a mi modo,
en ese hueco de esperarla, todo
me sabe a la alegría del reencuentro.

Si en mi pulso ya late su latido,
¿qué será cuando, al ver que ya ha venido,
la semana de Dios me suene dentro?

II

Parece que ya estamos y no estamos.
Parece que es el día y no es el día.
Parece que traía y nos traía
un domingo de palmas y de ramos

y todavía el día no alcanzamos,
aunque nos parecía que venía,
aunque al mirar al lejos parecía...
Y por esa esperanza la esperamos.



Parece que la tengo, y no la tengo,
parece que en la mano la sostengo
pero en la mano yo no la distingo.

¿Qué será cuando al fin se manifieste
estrenando una túnica celeste
y vista de celestes el domingo?

III

Parecía que nunca volvería.
Parecía que ya no se acordaba.
Parecía que el tiempo la alejaba
y que en el tiempo mismo se perdía.

Parecía que no nos conocía.
Parecía que ya nos olvidaba.
Parecía que poco le importaba
volver al mismo nido... Parecía.

Pero mirad al sol haciendo guiños
en los ojos sagrados de los niños,
donde se purifica la mañana...

Esperad, mis impacientes paisanos:
para tocar el cielo con las manos
nos falta solamente una semana.

* * *

De repente, aquí estoy. Aquí está el pregonero asomado a las tapias de la ciudad, como un chiquillo escapado correteando por entre olivos, con la atmósfera del campo en los bolsillos. Apoyo las manos en este alféizar de madera y te veo, ciudad, con los ojos del asombro y del aturdimiento, vestida de domingo de pregón. No sé lo que esperas hoy de mí, pero sí sé lo que yo llevo entre los aliños de mi



indumentaria para darte. Yo he venido a conversar con el Dios de los adentros, el que se esconde en los secretos impenetrables de esa cámara de seguridad inviolable que es la conciencia de cada uno. Traigo al Cristo que me acompaña en las inmensas honduras del vacío, al Cristo que cree en mí, el que transita sentenciado por tus calles con un sueño de espumas blancas tras su paso, el que no se me muere en las tardes tormentosas del viernes, el que tanta conversación me ha dado en las horas perdidas de Humildad, de Siembra, de Paciencia en la lenta espera del verdeo de las cosas.

Todo Amor acude desde la nada. De lo contrario, no es Amor. No existe la volumetría que mide la Fe, ni la unidad patrón mediante la cual sepamos cuánto Dios lleva cada uno alojado en los costados. Un hombre es un universo incomparable, al que juzgará Quien debe juzgarlo cuando llegue la hora. Por ello, este amor sensato que tanto me desordena viene hoy volcado en palabras escritas con la sangre de la tierra, aparatosamente sinceras, para desnudar la auténtica confesión de mis días y mis noches, para celebrar la Eucaristía del que quiere escapar, como los niños débiles, a la verdad de sus inocencias.

Mientras Abril escala sereno por las ventanas y se desperezan lentas las blancas vestimentas del Domingo de Ramos, viene a verte, asomándose a tu tapia, quien lleva un hombre por dentro que ha vuelto a reconstruirse, como en un alba inesperada, con el manantial de inquietudes que me ha regalado Cristo en nuestro enésimo reencuentro. ¿A quién le doy las gracias, Señor? A quien corresponda le debo este abrazo de carne y madero, estas conversaciones en el silencio de penumbras ermitañas, esta lluvia bendita, calmosa y clara, sobre las maduras de mi ánimo, esta húmeda certeza de llanto, esta carcajada de Fe sobre el miedo adolescente... ¿A quién debo agradecerle llevar en mi bolsillo la seda morena en la que envolver mis amarguras? A quien corresponda, sepa que el día en que se apaguen todas las lámparas, una luz de centeno despejará de mi camino tantos ángeles caídos.

Hay cielos tan azules que resultan, al fin, amenazantes sobre las cabezas. Y uno no sabe cómo protegerse de ello. La única forma efectiva de guarecerse tal vez sea despojarse de estas ropas y, como un pájaro descubierto en la estampía de la primavera, contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad de lo que cocina Dios en mis pucheros. Yo soy el que vais a oír. No el que os hayan dicho. Yo soy, esta mañana, un sueño escapado de un incendio, una sangre molturada en mil



almazaras, una batalla que echó el ancla en la noche misma y que hoy viene, vestido de lienzo, a orear una sábana de luz por el adentro de tus muros.

Por eso...

Prefiero su cercanía,
siempre distinta y tan suya,
con el callado aleluya
que lleva cruzando el día.
Y va por donde solía,
tan yente como viniente,
y nota que de repente
el tiempo se le eterniza
en una cruz de ceniza
en el centro de la frente.

Miradla, diosa dormida
navegando por su sueño,
despreocupada, sin dueño,
pero con rumbo a la vida.
Miradla. Parece ida,
y se está haciendo adjetivo
siempre renovado y vivo
por el que la idolatramos.
Eterno estreno por Ramos
llevará por el olivo.



LA MEMORIA

Y tú sigues ahí, dormida en el sueño que has elegido, sabedora de que la espera tiene que esperarte, sabedora de que todas las cosas deben esperarte, si quieren ser las cosas. Tú, a lo tuyo: diciéndole al tiempo cuál es el ritmo del tiempo preciso, que en ti hay un tiempo que es otro tiempo, tu tiempo. Lo sé desde que vine a verte la primera vez: eras una muchacha vestida de clepsidra que iba dejando caer a capricho las gotas de agua, y lo mismo goteabas con precipitación de techo de tablas bajo la lluvia, que dejabas engordar la gota hasta que tardaba seis semanas en caer. Tu tiempo. Tú tienes dentro un tiempo que condiciona a las gentes de tu paisaje urbano, como yo tengo dentro un tiempo que me condiciona, un tiempo que se mide por manillas de luz abierta. Tiempos distintos, muchacha. A mí me da vértigo tu segundero y a ti el mío quizá se te oxidara entre las horas, incapaz de seguir el paso de tu aire. Tu tiempo y el mío sólo coinciden cuando se trata de retenerlo, de meterlo en una jaula de cristal donde canten sin prisas la misma canción de vísperas. Somos tan distintos en tantas cosas... Los de allí, los que siempre te veíamos en la distancia como se ven los sueños de las estrellas, cuando nos acercábamos a ti, lo hacíamos sin querer despertarte, sin querer que nos notaras.

Y queríamos hablar como los tuyos, “fino”, y cuando queríamos imitarte, nos salían esos que se trabucaban con las zetas y aun inventábamos plurales y añadíamos sílabas por nuestra cuenta, en la creencia de que aquello era hablar como los tuyos. Y si nos comíamos una ese porque nos sonaba más fino decir “andalias”, nos inventábamos una “d” porque nos parecía más rotundo decir “dexageración” –vaya lo que quito por lo que pongo. Pobrecilla aquella mujer que vendía frutos de su mato, picada ella de la mosca de la cursilería, y cuando llegó el culto del pueblo a comprar un melón, la pobre, en vez de decirle que ya no le quedaban, le dijo: “Ay..., ahora mismito se me han “determinado”. Y todo, por querer



ser como tú, por querer hablar como tú. Y así en lo diario de la gente como en lo sagrado. Andaba un medio cura de la tribu empeñado poco menos que en encuestar sobre fe a todos los paisanos sospechosos de andar cortitos de credo. Manuel el arriero venía arreando sus borricos por la carretera que cruza la tribu como calle principal; el medio cura, al paso, le preguntó que si creía en Dios:

- “Po no viá cree, miarma, si lo dice hasta la copla: “que de allí vendrá a “jugá” con los vivos y los muertos”.

Y siguió su camino, quizá imaginando un Dios que se tomaba la Resurrección como un día de fiesta entre la plaza del pueblo y el cementerio. Y había que entenderlo.

Este mismo medio cura no escarmentaba, y enterado de que una gitana que vivía en los trascorrales no había hecho la primera comunión, se empeñó en conseguirlo. Cuando la gitana podía, que eran pocas las veces, el paisano trataba de prepararla de viva voz, que la pobre mujer no sabía ni leer ni escribir, y todo el empeño del paisano era dejarle claro que en la hostia consagrada estaba el Santísimo Sacramento –“que esto no se te olvide, Antoñita: el Santísimo Sacramento...”-; pero también -¿para qué lo haría?-, le habló de la Virgen, del Niño Jesús y de San José, y la pobre gitana tenía en la cabeza un catecismo trabucado, incapaz de organizar con él un celestial libro de familia. Llevaba la gitana cuatro o cinco días sin ir a recibir clases de preparación. Una mañana que pasaba la gitana vendiendo canastas, vio venir al instructor y aceleró el paso, excusándose que tenía mucha prisa; el paisano, sabedor de que el día de la primera comunión de la gitana se venía, corrió hacia ella y, examen al paso, le preguntó: “A ver, a ver..., Antoñita: ¿Quién está en la hostia?”, y la gitana, más pendiente de que no le rebajaran dos pesetas al precio del cesto, le dice: “¡Ay, compadre, no ma’cuerdo...!” Y el compadre: “Sí, anda, recuérdalo: “El San..., el San...” Y dice Antoñita: “Ay, compadre... ¡Er San Jozé!”



AQUELLA VEZ

TÚ estabas muy lejos de todo, muchacha. O, mejor: nosotros estábamos muy lejos de ti. Era tanta la distancia entonces entre tú y nosotros, que ir a ti era una aventura cuasi de emigrante. Y entre los dos, un cosario que era recibido con honores de Rey Mago cuando ¡por fin! nos traía de Segarra los zapatos de nuestro número; un servicio de Correos en el que la carta de una declaración de amor llegaba dos semanas más tarde que el olvido; y una centralita de Teléfonos donde una conferencia para avisar de un fuego en los pinares llegaba cuando los pinos chamuscados ya eran vigas en los techos del pueblo. Con unas carreteras en las que suponía menos calvario andarlas por la cuneta, malas carreteras donde hasta los aviones sentían los baches, sólo el tren, esa limpia puntada que cose el roto de las distancias, ponía la única modernización entre nosotros. Siempre el tren, Herrera, siempre el tren, ese tren que escribe en dos líneas el más hermoso libro de viaje.

Y en tren –en el Ferrobús de las 9- vine a ver mi primera Semana Santa, a la Madrugada. ¡Ahí, que no se diga! ...Y qué pena no haber sacado el billete de vuelta... para la una de la noche. Un grupo de muchachos medio amigos. En mí, la intención de quedarme ante mi primer asombro nocturno de tu Semana Santa; ellos..., ellos venían buscando “otra noche”. Ellos tomaron el camino de otras sombras y yo fui a buscarte, con un amigo, allí donde muerden el tiempo las almenas y tiembla cinco veces la esmeralda... y un nombre popular lo dice todo cuando la noche se viste de media noche. La luna se había bajado la celada. Al lejos, una indecisa cruz de guía. Una llovizna. Un murmullo:

- “Que no sale, que dicen que no sale...”

Y no salió. Yo sí había salido. La llovizna seguía empeñada en su manuscrito vertical y empezó a engordarle la tinta. Y sin paraguas. Mi amigo no necesitó ni un canto de gallo para negarme. Y se fue, me abandonó, y, aunque nadie me leyó nada,



estaba sentenciado a pasar la noche por mi particular camino de la Cruz, que tú trazaste en calzada de sombras de piedra donde la calle apenas si podía leer la lluvia bajo los altos flexos de tristes luces esquineras. Estaba la luz tan encogida por el frío, que le quedaba grande la camisa del aire. Cesó la lluvia mientras caminaba por aquellas calles por donde mis pasos rompían una apagada cristalera de charcos. Me entró el frío por los pies, como entran los jugos de las plantas y el reuma a los hombres del campo. Y dos “penitentes” con el 43 de talla iban haciendo cálculos de lo que a esa hora sería su cama con una bolsa de agua caliente. Brisa húmeda donde empezaba a desperezarse la desnuda rosa negra de la madrugada. Pregunté a cien personas –en los pueblos nos aconsejaban no fiarnos de la primera información– dónde estaba el kilómetro cero capitalino para cualquiera que se perdía: Los Tres Reyes. Miedo, hambre, frío, sueño... Un muchacho solitario y asustadizo que había aprendido a no perderse desde la estación de Damas a la calle Reyes Católicos tomando como claves el nombre de dos luminosos y una esquina con una semillería, de pronto se vio sin saber qué hacer: si soportar el empapado peso de aproximado tergal con mangas que se hizo a la fuerza lana fría, o evitar protocolo de calado y vestirse directamente con camisas de noche recién bañada. Me senté en un banco, con miedo a dormirme, mirando a ver si encontraba una cara conocida en aquel ir y venir de tu madrugada, de los miles de caras de tu madrugada, y desperté de pronto de un sueño sin terminar de hacer, como si me hubiese despertado en los escombros de un abandono. Igualé el hambre al frío y al sueño, y costalero y capataz de aquel humano pasocristo, eché como pude la izquierda adelante y me fui al Mercado de Entradores. A las siete y media de la mañana subí al autobús de Gines y pronuncié un juramento:

- “Una y no más. Por ésta”.

Pero tú eres mucho tú, muchacha. Por eso volví a ti tantas veces. Por eso vuelvo. A verte en la calle, siempre en la calle. Porque, hija mía, ¡qué te gusta una calle! Hoy amaneció despacio, tan despacio, que el día tuvo tiempo de vestirse antes de que un rescoldo de Dios encendiera la espalda de los cerros. Un amanecer delicado, editado en papel Biblia, como corresponde a la fecha.



Por donde pusiste el pie,
hay huellas de luz distinta
que está de luces encinta.
Y por eso yo cuidé
de no pisar –no pisé–
espejos donde te vi;
prefiero quedarme aquí,
sin rozarte tus vestidos.
Hay amores tan rendidos
que son felices así.

Me vine por la mañana
sin que me siguiera nadie;
la mañana te temblaba
en el temblor de los árboles.
La cal rizada de espejos
frente a la luz, un estanque.
Era como si en el alba
aletearan los ángeles,
como si por los tejados
jugaran soles infantiles...

...Como si le hubiesen dado
dos manos de Dios al aire...



ELLA

Y te miro dormida en tu abandono, sonámbula por ti la luz de marzo.

Te salva tu belleza.

Cuando nada pudiera ya salvarte,
te salvaría tu belleza.

Si no tuvieras puerta a que llamar,
se te abriría tu belleza.

Aunque logran mancillarte entera,
renacería tu belleza.

Aunque te maltrataran tus perfiles,
te quedaría tu belleza.

Te salva tu belleza.

Nada podrá perderte, nadie, nunca:
te salvaría tu belleza.

Nada podrá nublar tu mediodía,
remontarás con soles de belleza.

Aunque te abofeteen la belleza,
quedará tu belleza.

Podrán cortarte el río por los brazos,
y seguirá tu belleza.

Podrán taparte patios y espadañas,
y quedará tu belleza.

Podrán dejarte sola, abandonada,
y encenderás tu belleza.

Por encima de sombras y nublados,
lucirá tu belleza,
esa tangible luz de tu belleza.



Porque tú lo eres todo, sobre todo,
en el intacto todo de tu nombre.

Porque tú, de los pies a la cabeza,
Eres esclava de una sola idea:
encontrar cada día, como sea,
tu razón de vivir por la belleza.

La primavera no sucede en ti: eres tú la primavera. La Semana Santa no pasa por ti: tú la haces y le dices que sea. Pero en ti, por ti, ajustada a ti. Tú impones las medidas, el canon. Y eso sólo se entiende cuando alguien se acerca a mirarte, que ha de saber, como supo Ulises ante Polifemo, que aquí, para ganarse tu hospitalidad, lo mejor es llamarse Nadie. Y sólo tú puedes obrar la maravilla –por tu capricho, porque sí- de ser el único sitio donde, si tú quieres, se llega Nadie y se regresa Todo.

¿Y por qué se da esto en ti? Porque tú no eres sólo una ciudad habitada; tú eres una ciudad interpretada. Tu más verdadera historia está escrita en tus hijos, cada hijo tuyo lleva escrito algo tuyo, y cuando todos se juntan, como en la Semana Santa, quien te mire –quien te lea, quien sepa leerte-, podrá leer tu historia, tu vida, tu forma de ser. Te lo repito: tus hijos no sólo te habitan, te interpretan. Te llenas de nombres, tú, el Nombre entre los nombres, sí. Mas ¿para qué te llenas? Para que todos los nombres, a tu alrededor, vayan convirtiéndose en adjetivos, para que todo a tu alrededor sea una danza de adjetivos que bailen y canten para ti. Por todo esto, ¿qué te digo yo, si apenas he aprendido a leerte, si apenas sé pronunciar con tu acento tus cosas? Si vengo ahora de allí, donde candelas de ramón arden al lejos como crías de nubes que empezaran a balar en las calles del olivo. Y un silencio de espera y de esperanza toca la frente de la yerbanueva, cien veces bautizada de aguacero. Y llego a ti, a mirar la osadía del naranjo, vestido ya para estrenar el traje de su primera comunión... hoy mismo.

¿Qué te digo? Yo vine aquí tarde –“Sero te nobi, pulcritudo tan antiqua et tan nova”, que le dijo San Agustín a Dios. Eso mismo, sin que medie divinidad, podría decirte yo: “Tarde te conocí, hermosura tan antigua y tan nueva”-. Vine tarde y vine a mirarte en los tuyos, a aprender a mirar con los tuyos, a tratar de descubrir los difíciles



ángulos que los tuyos dominan, que tú a los de pueblo nos dejabas sólo rendijas para verte, como si nos perdonaras un alquiler por la mirada. Vine aquí a saberte, a tratar de medio aprobar el examen de la calle, que la calle es tu casa más celebrada. Y si vengo a pregonarte es porque, como le dice el poeta a su amada en el principio del camino de ir descubriéndola: “estoy loco por ti..., sin saber todavía quién eres.” Así que...

No me preguntes por qué
te quiero sin conocerte,
porque no es razón quererte,
es locura, ya lo sé.
Si desde que te encontré,
la pasión fue mi bandera,
y le guió la ceguera
el paso a mi corazón,
no le busques la razón
y déjame que te quiera.

Ni tengo de ti salida
ni yo pretendo salir.
Vivir este sinvivir
es lo que alienta mi vida.
Ay, locura apetecida,
que al ver en su misma cara
la punta que se prepara
para herirla, satisfecha,
va y le coloca la flecha
al arco que la dispara.



LA AUSENCIA

NO encontrarás mi infancia si buscas por tus calles; no estaré entre tus niños del Domingo de Ramos; no hallarás una túnica colgada en mi ropero, ni un antifaz que tiene dos huecas almendras de luz por las que asomarse a ver tu magia, la magia que se escapa de la propia memoria; no tengo en el oído ni saetas ni golpes de martillos que en seco despiertan madrugadas y levantan un palio; no trates de buscarme en el sueño de humo de una niebla de incienso; no me envejece el tiempo contigo en el recuerdo, porque vine muy tarde y vine sólo a verte, a aprender a quererte, a morirme contigo sin morirme del todo, mientras Cristo pasaba camino de su muerte... y tú no lo dejabas morirse para siempre, porque sólo la vida te sirve a ti, muchacha. Aprendí de tus gentes las esquinas precisas; me apreté entre los tuyos con el mismo entusiasmo que veía en aquellos que ocupaban en miles el sitio que tú tienes para verte perfecta... Y aquí sigo, aprendiendo, tratando de aprenderte como quien quiere acostumbrarse al cuerpo de su amada, como quien quisiera inventar un peso que pese los suspiros o un metro sin medida para medir los besos... Tarde te conocí. Y siempre será tarde para tenerte toda: me faltas en mi origen, y por más que quisiera amontonarme dentro los viejos almanaques que no viví contigo, sería emborronar un tiempo que no es mío.

Si a Dios se le va la mano
cuando nos echa la paz,
a ti, paloma torcaz,
se te va cuando, temprano,
enciendes la luz, y –arcano
que nadie acierta a entenderte-
ya no sabes qué ponerte
para encender la pasión



que se va por conocerte.
¿quién entonces, con razón,
va y le dice al corazón
que deje ya de quererte...?

Nunca, nunca serás mía
-ni lo quiero- en exclusiva.
Me basta sentirte viva
y junto a mí. No habrá día
que no sueñe la alegría
de seguirte venerando.
Y te seguiré buscando
por veras de mi locura,
con la esperanza insegura
de hallarte... de Dios en cuando.

Yo vengo de muy lejos, porque vengo de donde no te conocía. Tú eras –eres- muy grande para quien nació en lo pequeño y en lo pequeño fue creciendo. Tú aquí tienes un Cristo en cada esquina, o en cada barrio, o en el centro que marca –porque él lo ha decidido (tú lo has decidido)- una escala de siglos, de renombre o riqueza. La fe, la devoción, es la misma. Me impone de ti tanto un nazareno de negro y de centro como la alegre venida de capas que ya traen medio cielo posado, y vienen de muy lejos a encontrarse contigo. Yo no vengo a cantarte lo que tú cantas mejor que nadie: vengo a cantar lo que en ti veo. ¿Voy a hablarte de palios, de calvarios, de mecidas que mueven el cielo entre varales? ¿Voy a decirte yo cuál es el canon de la estrechez, a cantar el vértigo de lo imposible cuando sales por algunas puertas? Yo te he visto ir por las calles estrechas, tan estrechas, que el aire al pasar se llenaba de cal las hombreras. ¿Voy a decirte yo cómo se limpia la plata, cómo se enciende una candelería como quien improvisa mariposas de fuego en un jardín blanco? ¿Va a ser tan ilusa mi voz para tratar de aprender la copla seca, grito sin guitarras, de una voz de mando que es una toná rotunda que se entona con yunque de plata sobre los hombres a quienes les cabe la pasión en el lomo? Yo te he visto en ese silencio hecho solamente para una voz que manda, una voz que nace ya con las admiraciones puestas, que nace ya imperativa y se sabe la única voz posible cuando hay que



decirles a unos hombres que lo que va arriba es mucho más, muchísimo más que una obra de arte. No seré yo quien venga a marcarte las reglas de cómo ir, volver, repetir el camino. Canto lo que en ti veo, lo que tú me enseñaste o me dejaste ver por los respiraderos de una tarde, una mañana, una noche eterna... Puedo decir los nombres que tú llevas contigo en el íntimo abrazo que ya nació en tus brazos. Tarde te conocí. Puedo decir los días, qué calle, qué momento, dónde hay que hacerse silencio o alboroto, cuándo toca decir o callar, que en la amplia concha de la calle tú tienes siseos apuntadores que les dicen a todos qué es lo que hay que decir, o qué es lo que hay que callar.

Yo vengo de lo pequeño, de un lugar que sólo tiene un Nazareno y dos crucificados que recorren las calles. Vengo de allí donde empecé a aprender la devoción de los míos... Tú quizá no puedas entender –o sí- que hombres que blasfemaban con la boca cerrada lloraran como niños al ver pasar a Dios con una Cruz a cuesta. Llegaban los muchachos, llegaban los hombres a la parihuela del Señor y amarraban su pañuelo como quien escritura en un nudo una vieja promesa. Porque sí. Porque para ellos Dios no podía estar lejos, tenían que fiarlo todo a una imagen. Eran los mismos que habían visto, tras un año de sequía, cuando el tiempo había abierto en el mostrador de las tierras un muestrario de solanos del que los días copiaban para cortarle al campo un traje de ruina, y como nadie contestaba con lluvias a súplicas y rezos, recurrieron a Él, al mismo que otras veces los había socorrido. Le pidieron la lluvia por las veras del campo, silencio y esperanza, cuando abril no sabía dónde estaban las nubes. Y llovió. Y por eso creen en Él. Y por eso van a verlo, a rezarle o a darle gracias. Saben que ese Nazareno no es el Dios de los cielos, pero ellos –como tú- necesitan un Dios con domicilio, un Dios con “consulta” en la tierra, no un vacío lejano donde se pierden las preguntas. Hay que entenderlos, como hay que entenderte a ti. “¿Qué dirás de la mía?”, me preguntan al paso. Yo no vengo a prestarte una voz que no es mía. Yo te he visto en la tuya y en las tuyas, a todos. Y todos son tú, muchacha. Y todas son “la” mía, que me asombra lo mismo que vengan en silencio o rompiendo en las palmas el cristal de la noche. Yo, que venía de entrever las metáforas en las primeras imágenes, cuando de niño miraba los pasos desde lejos y -ya te lo dije un día- me trajo la imagen de un ciempiés ciego y domesticado que caminaba al golpe de mando de una voz. Ellos, los costaleros...



Les cabe bajo el brazo el equipaje
para su larga y dura travesía.
La fuerza sacará que no tenía
el músculo. Más nervio, y más coraje.

Y el alma, que sin alma, este viaje
no lo soporta nadie, nadie iría
en la ciega galera de una umbría
remando con los pies en oleaje

de un mar urbano con brillo de cera,
obediente a una voz seguiriyera
y a un golpe de martillo que motiva,

si al levantar el paso no pensara
-rebosante la fe, la entrega clara-
que es Cristo o es su Madre quien va arriba.

Porque tú, muchacha, has de saberlo. Has de saber que...

Anda por sus pies el Cristo
y anda por ellos María.
que andar sin ellos sería
ir de gracia desprovisto.
Por eso, Señor, te insisto:
hazles de santas maderas,
un cielo donde Tú fueras
capataz que iguale nombres.
Un cielo para esos hombres,
¡Pero con trabajaderas!



“¿QUÉ DIRÁS DE LA MÍA?”

¿QUÉ dirás de la mía?” La mía, más real que todas, vive en mí guardada en un sudario de treinta años. La gitana lo miraba muy malito en aquella habitación del hospital, y a su lado, una mujer que ya iba quedándose viuda en el tiempo que goteaba del suero, se lamentaba:

-Hay que vé las cosas que manda Dió...

La gitana no la dejó seguir. Haciéndose cruces, le contestó:

-Ay, no, miarma, ezo no lo manda Dió. Dios no manda ezas cozas, no. Eso es un zecretario que hay allí arriba, un gachó con mú mal vajío que disfruta judicando con nosotros...

No, claro, no podía ser Dios quien mandara aquella pasión descarnada, larga agonía de un honrado hombre del campo que se malograba como el revés de una cosecha. No, no podía ser Dios. Pero mi pasión más dura está allí, en aquel Miércoles Santo que se adelantó Viernes, cuando un sayón de guardia con bata blanca y fonendoscopio leyó la sentencia: “No llegará al mediodía”. Y nos lo trajimos envuelto en una sábana donde ya empezaba a dormirse la muerte. ¡Esa es la mía! Ese es el pasocristo más mío de toda mi vida. Pero sin soltarme de esa pena, también es la mía que tú me dejaste ver, que por ti fui aprendiendo, sigo aprendiendo, a verla. Yo podría cantarte poemas de cumplido que rimaran el nombre de la tuya con palabras hermosas de tu propio bolsillo. Pero yo no he venido a decirte que soy el que más sabe sino el que más quisiera saberte, el que sigue buscando tus ojos, porque sabe que en tus ojos está todo lo que aquí hay que aprender. “¿Qué dirás de la mía?”, como quien me aconseja que hay nombres excelentes por encima de todos, o la humildad que nadie nombra sino de paso. Yo sé –porque tú me lo has enseñado– que en tus entrañas hay mucho siglo escrito que asoma a la mirada de un Cristo agonizante, ese Cristo que un día salió de una reyerta, cuando al hombre le encargaron la agonía de Dios y antes que las gubias, llegaron las navajas, mientras



el río se iba sin volver la mirada. “¿Qué dirás de la mía?” La mía es esos niños recogiendo gotas de cera como pequeños mendigos que pordiosearan luz encerrada. Les hará falta mañana. “¿Qué dirás de la mía?” Tú ya lo has dicho todo, y seguirás diciéndolo, en el pregón sin folios de tu antigua palabra. Yo no vengo a decirte cómo es la zancada de ningún Nazareno, porque sabes de sobra distinguir en el suelo de un calvario de amores quién es Dios cuando anda, aunque todos lo sean, aunque todos agrupen el mismo exacto credo. ¿Lo ves? Tú también necesitas un Dios con domicilio, y una Virgen que tenga su nombre por tu casa, que al final lo pequeño con lo grande se une para llamarlo todo con la misma palabra: un pueblo que ha tomado la fe de sus mayores y en esa fe sostiene su esperanza y su credo. Yo no vengo a decirte que Dios se te envejece porque cumple los siglos como los cumple el aire. Tus imágenes tienen la edad de tu memoria, y esa edad sólo es tuya. “¿Qué dirás de la mía?” Yo no vengo a decirte lo que de sobra sabes: yo vengo a agradecerte lo que me has enseñado. Yo podría cantarte con palabras y versos que dijieran la copla que sabes de memoria. Pero yo no he venido a encenderte tu fuego sino a ver cómo enciendes la llama que me atrae, la luz que por ti es otra en el tiempo sin metro que impone tu belleza. Qué podría decirte –que no me hubieras dicho- de amanecer que quema como el fresco rescoldo de una hoguera de raza que se primea con Dios porque lo sabe suyo. Yo podría decirte, repetirte al oído lo que el aire te dice, lo que tú le pronuncias a la Semana Santa. “¿Qué dirás de la mía?” Ribera que se enciende, barrio que se congrega, maneras de una gente que es otra y es la misma. Y la noche que quema como un horno, una fragua, mientras pronuncia un nombre de mujer en la calle más pura, una calle que se *amorena* allí donde el de Cirene, sin saberlo, está ayudando a plantar el Árbol de la Vida. “¿Qué dirás de la mía?” No quiero repetirte lo que tú me has contado. Esa copla no es mía, la aprendí de escucharla bajo el cielo infinito de tu propia esperanza. Me sería muy fácil juntar todos los nombres y que todos sonaran como las campanillas. Me sería muy fácil porque tú eres sonido si pronuncio tu nombre.

No he venido a recorrer un territorio de cuchillos que cortan hasta con el mango; no he venido a ponerme de blanco de las plumas que esperan sin desmayo el resbalón, el yerro del que vino a mirar tus mágicos perfiles. Esas plumas sin vuelo a las que desplumaste, plumas que manquean de las dos alas, plumas a las que tú negaste los tinteros de gloria, porque sólo manchaban tu celeste impoluto, porque nunca supieron decir tu nombre sin renunciar a una intención de tercería, y siguen



ahí, destrozando el alfabeto, como quien ara en el mar.

Que tú sabes que cuando te pones “albaceteña”, aquí no se necesita colocar capirotos sobre un mostrador para hacerse cargo de “una hipérbole de colmillos” ... Claro que tú, –como también yo y como otros muchos-, tan a lo Antonio Machado, dices eso de: “...aguarda sin partir y siempre espera, / que el arte es largo y además no importa.” O como su hermano Manuel, que, sin decirlo por ti, lo dice que parece que lo dijera: “¡Bah! ...Tú sabes que los mismos que nos adoran, / en el fondo nos guardan igual desprecio”. “¿Qué dirás de la mía?” Mi noche tiene preguntas / que sólo me las contesta / una Estrella de seis puntas. Tanta luz tiene escondida... / que si baja la mirada / es porque en ti no cabría... / si le da por levantarla” ... “¿Qué dirás de la mía?” Con una cruz invertida, atravesando las sombras, pasa, más muerte que vida, Aquel al que siempre nombras... sin palabras... Tú lo sabes mejor que yo. “¿Y qué dirás de la mía?” Si la mía eres tú, muchacha. Si la mía es aquella que vive en tu regazo, tanto como la que viene a verte y has de reconocer para saber que es tuya. Todas son las mías, porque todas son tuyas.

Déjame que te respire
y que contigo me asombre.
Si tire por donde tire
¡Siempre me sale tu nombre...!

“¡Fíjate en ese perfil!”,
me dices. Y yo lo miro
y se me parece a ti.

“¡Fíjate en esas mecidas!”,
me dices. Me fijo en ti:
y se va quedando en mí
tu lección bien aprendida.

Porque si todo en ti es grande
es porque todo eres tú.
¡Y tú eres más tú que nadie!



Tú serás siempre la mía, muchacha que te mueves tan bien por lo sagrado, alternándolo todo con tus cinco sentidos. Sensitiva como nadie vas, dentro de la luz que se ha hecho capullo para que dentro vayas hilando la seda de cuanto eres. En ti, la primavera no es una flor que nos sorprende, es la belleza que pasa y les vuelve el cuello a las esquinas. Me gusta verte ir a todo lo tuyo de estas fechas tan penitente como vital. Que, en ti, el compromiso con lo sagrado no te aparta de la vida, todo lo contrario: te empuja a ella, por la razón de Vida que la pasión tiene. Nada puede serte indiferente en un tiempo de luz desahogada. Y vas tan entera a un besamanos como a ver la calle cuando la luz corta la manga de los vestidos y las muchachas hacen estación de adolescencia de su casa a tus entrañas, soñando con que, a la vuelta, tú les hayas encendido la luz de la fe y la tradición y, de camino, que un muchacho les haya apagado la luz verde del taxi de su corazón. De día, cuando la tienda de la luz abre en festivo; o de noche, justo cuando un Dios tintorero va preparando celestes de la mañana en el ojo de añil oscuro en que se envuelve la noche. Después, en la Torre Grande, ya te encargarás tú de decirle al aire que ensarte hebras de azul en la veleta para terminarle la ropa al cielo.

Te llenas entonces de manos blandas que se han hecho ya a tus formas, que tienen en su huella el molde de tus formas, y lo mismo retocan un rizo de la blonda que combinan colores en las flores de un paso. Toda tú sensitiva, así en lo sagrado como en lo demás. Tú eres vida, tú has apostado por la vida. Ya lo dijo de ti, en “Nuestra Andalucía”, aquel filósofo profundamente cristiano que fue Julián Marías, quien dijo que *“vivir en ti es pedirle mucho a la vida y resignarse de antemano a su limitación. Es – quizá más que en parte alguna- saber que la vida se acaba y sentir que debe volver a empezar”*. Y dijo más: *“Andalucía es una tierra de deseos, no una tierra voluntariosa (...) se puede desear...todo: lo posible y lo imposible, lo inconciliable, lo presente, lo futuro y también lo pasado; lo que se quiere, lo que no se quiere y hasta lo que no se puede querer. Es abarcador, envolvente, quizá irresponsable. Pero es la fuente de la vitalidad, el principio que nos mueve a todos, incluso a querer, cuando es con autenticidad.”* Y dice más: *“Así, ha cruzado su historia milenaria envuelta en tristeza y dándola por bien empleada, sabiendo que es el precio de la alegría que en sus últimas raíces la penetra. Cuando se pide mucho a la vida, el dolor y el fracaso son inevitables; (...) Pero Andalucía ha sabido que sólo pidiendo mucho a la vida tiene ésta sabor, olor, consistencia, realidad, en suma. Y termina diciendo el filósofo que, si tuviera que encargarse un escudo para*



nuestra tierra, lo decoraría con esta frase: "Vale la pena".

Y a ti te vale la pena, muchacha.

Ésa es tu filosofía:
Hacer que valga la pena
la razón de la alegría.

Y vivir. Y no morirse
al saber que lo que viene
acaba siempre por irse.

Qué bien lo sabes hacer:
No hay más tiempo que el presente,
ni más sueños que el ayer,
ni más verdad que la muerte.

Y que venga el porvenir,
que ya se irá acostumbrando
a hacerse presente en ti.

Y lo pasado, pasado...
Hasta que decidas tú
que sea presente a tu lado.

Que del ayer y el mañana
haces tu tiempo de hoy
y a ver el que te lo extraña.

Y no hay más filosofía
en la razón de tus venas:
a ti te vale la pena
la razón de la alegría.



A QUÉ VENGO

POR eso yo no voy a venir a decirte a ti qué tienes que hacer, cómo, dónde cuándo, por qué. Si nada en ti es lo mismo en este tiempo de luz tangible, cuasi carnal. Te transforma la luz. La misma luz que te empuja a estar a una hora y en un sitio para ser tú en plenitud estética, de fe y tradición. Una fila de nazarenos, una trabajadora, un trabajo auxiliar, el oasis al hombro del aguador, las santas mujeres madres que acompañan a los nazarenos, la misma que cuando no es fiesta te lleva –porque te lleva, aunque sea otra luz- a la caridad con el hermano, que también los suburbios tienen que ser tu pasión. Haces bien en dar, y si es posible, dándote. Sólo a ti te engañarías, si no lo hicieras así. Tú no puedes hacer para tu recreo un Dios ocioso que sólo vista ropa de domingo. Necesitas abrazar a un Dios descalzo que mete sus pies en el fango del problema y se colma las manos de pobres, el mismo Dios que contesta en otra voz cuando miles de manos llaman desesperadamente a las puertas de Cáritas. También ahí estás tú, con otra luz –la luz de la entrega-, porque sabes que, si quieres andar el camino que exige tu fe, o andas con los dos pies, o cojeas. Tu luz. Esa luz escrita que va a buscarte, que se encariña contigo como un perro amigo al que hubieras criado dándole de comer en tu mano. Hija, esclava, madre, novia de la luz eres. La luz, la luz con tacto de tus días. ¡Tú sí que eres la mía, muchacha!

...Por más que yo venga de muy lejos. Por más que yo no sepa pronunciarte con tus mismas palabras, que los de pueblo hemos aprendido, mal que bien, a pronunciar con otro tiempo. Tú mides las horas; yo mido las luces. En una tarde tuya no cabe un candilazo de mi poniente, te rebosaría como una catarata de sangre. Todo aquí es un reloj donde suenan campanadas en los segundos, que aquí el tiempo duele más, por más medido, y a mi me acompaña el lento reloj del tren que señala horas impuntuales en la esfera alargada del paisaje. Hueles a prisa y urgencia, y allí huele a tiempo cuasi detenido, donde la luz parece fotografiada, de tan despaciosa, mientras las manos de Dios se perfuman del olor sin grito del poleo



echado en el manchón, frente al lubricán donde los atardeceres tardan en irse lo que un olvido enamorado. Ese sentido del tiempo es el que nos hace cambiar incluso las voces. Me hablas de la sequía y a veces la llamas “tiempo soleado”; me hablas de las lluvias y hablas de “mal tiempo”. Allí hay otros nombres para nombrarlas. Porque mi Dios es agrario. Y el Dios agrario, siendo el mismo, es otro allí por donde reina con otra vestimenta. Es ese campo el que tú buscas –porque las necesitas- varas de olivo y palmas para tu íntima Jerusalén; y al campo –a la vega- volverás más tarde, cuando el Dios de oro del Corpus pida romero y juncia, y uvas agraces y espigas doradas que peinaron los vientos de mayo cuando empiezan a echarse los panes. Por eso habrás de entender esas maneras de Dios en el campo. En lo malo y en lo bueno.



DIOS Y EL CAMPO

NO sé si lo sabes, muchacha, pero...

Después de una locura de solanos que traen
un tiempo de sequía y de pena a la tierra,
después de que los soles incendiaran los surcos
y el alba enmudeciera su lengua de rocío,
después de que el sembrado se muriera amarillo
y el trigo no encañara ni cuajara la fruta,
ni el aire se quitara la espesa telaraña
que deja el tiempo malo colgada de la tarde,
después de ver mi olivo agostado y sediento,
quemándose sin queja en la fragua de agosto,
después de ver la llaga de la tierra sin jugo
y el lamento del hombre del campo –y su pregunta-,
después de un haz de meses sin noticias del cielo,
de mañanas que nacen enfermas de ruina,
de mañanas que llegan cansadas a la noche
sin haberle notado al aire un movimiento;
después de madrugadas espesas de sudores
y lentas de tardanza de la primera blandura...
yo he visto a Dios llorando por esos olivares....

La sequía le tuerce a Dios las previsiones
del Génesis que guarda para el mundo del campo.
Y por eso en las tardes que aventaba las nubes
con bieldos de poniente, nubes hartas de agua...
Después de abrir en surcos la tierra con su aliento



y acariciar con soles templados la besana,
y conducir los vientos como bueyes uncidos
para que le aliviaran la herida al labrantío,
y mirando a los cielos dejar caer los granos
y sembrar como un hijo la semilla dorada...
para volver de nuevo con su yunta de amores
echándole otra sábana de tierra a la semilla.
Y cuando la sabía dormida en sus entrañas,
Y saciar esperaban su hambre las preguntas,
y las nubes dejaban cordaje de aguacero,
feliz por esos cerros de luz dorada y última,
y viendo cómo al río le crecían las venas
y el campo era un murmullo de cosecha segura,
descalzo, sonriente, silbando con el viento...
yo he visto a Dios tocando el arpa de la lluvia...

Y allí, las preguntas. Otras preguntas. Allí Dios tiene otras maneras y otra forma de responder, la misma diferencia que hay entre tus hombres y los míos. Dos mundos que se unen en muchas cosas, pero separados a veces en lo esencial. Yo a Dios allí lo tuteo en el trigo y el río que pasa, y aquí es otra cosa, un respeto distinto. Allí lo siento más cerca de su origen –un portal, un pesebre, una mula, un buey, el campo abierto, pastores adorándolo, y después la madera que su padre rizaba con formones de júbilo. Aquí lo miro de otra manera, hay que mirarlo de otra manera...

Aquí...



DIOS EN LA CALLE

L O miro en la cruz clavado,
abandonado de Dios
y un ruego: "¡perdónanos",
se hace culpa en mi costado.
Lo negué. Y Él me ha salvado
de llenarme de vacíos.
Por eso, al sentirle fríos
manos y pies tan esclavos,
yo sé que en esos tres clavos
algunos golpes... son míos.

Y le hablo con otra palabra, porque lo necesito, porque necesito llegar con él
a acuerdos muy humanos, sin perderle la cara a su Divinidad...

Sigo aquí, Señor, rezando
oraciones que aprendí,
pero al preguntar por Ti,
sigo dudando, dudando.
Señor, por la duda ando
entre preguntas desnudas,
esperando a que Tú acudas
a despejarme neblinas:
yo te arranco las espinas,
¡arráncame tú las dudas!



Mis dudas, mis sucesivas dudas, la duda del hombre, pero una duda insomne, inquieta, desesperada a veces, que tiene más fuerza ante Dios que la fe que se acomoda y lo da todo por hecho. La duda, ese eterno “no sé” ante Él...

Con una cruz sobre el hombro,
pasas, Señor, ante mí,
y tu paso, al verte así,
con una oración lo alfombro.
Pero al rezarte te nombro
como siempre te nombré:
sin tener claro si es fe
lo que me empuja a rezarte,
o saber que tengo parte
en esa Cruz. No lo sé.

... Hablarle de Él y de los otros, de nosotros, al fin. De todos...

Pasan cristos a diario
por su calle de amargura,
y mi esfuerzo no procura
evitarles su calvario.
Nunca creo necesario
llevar su peso conmigo.
En mi egoísmo, no digo
-por más que diga que creo-,
que, si soy su cirineo,
ya lo estoy siendo contigo.

Y le hablo desde la desesperación...

Si tú eres el mismo Cristo
y preguntaste a la Altura,
¿qué hago, si en mi noche oscura



alguna cruz no resisto?
Y si por tu amor existo,
¿cómo me voy a callar,
sí me acaban de clavar
una lanza en el costado,
y por más que te he llamado
Tú no acabas de llegar?

Porque sí, porque si soy parte de su Obra no puedo amarrarme las manos de la voz y callar. Si sé Quién es, le exijo como el que Es...

El hombre y el Cristo a solas,
Jesús, como tantas veces.
yo me achico, tú te creces
como la espuma en las olas.
¿Deshojamos amapolas,
yo las vuestras y éstas vos?
Tenemos prisa los dos,
Señor, tú esperas, yo espero...
Contéstame Tú primero,
que para eso eres Dios.

...Y ante Él, la piadosa exigencia de quien lo necesita...

“¿Por qué me has abandonado”?
preguntaste en tu agonía.
Hice tantas veces mía
esa pregunta a tu lado...
Cuando me sentí acabado,
a tu nombre recurrí.
Mi agonía puse en Ti
en desesperado grito...



¡Que yo también necesito
que alguien conteste por mí!

Pero Dios se me hace carne viva en el campo. Él lo sabe, Él sabe que...



EL DIOS FINAL

EL Dios que tengo en mí no es de madera,
ni sale en procesión ni tiene nombre,
es un Dios todo Dios y todo Hombre
que de mí, sin pedirme, tanto espera.

El Dios que tengo en mí de cabecera,
vive pendiente de que yo me asombre,
de que le pida cuentas, que lo nombre,
le exija, le pregunte. Y que lo quiera.

Es ese Dios que entre los hombres labra,
para sembrar a mano una palabra
-Amor- que le germine cada día.

El mismo que me llama y no contesto,
el que siempre me encuentra con lo puesto.
El que sigo buscando todavía.

Carne viva en el campo y campo mismo, como un panteísmo encerrado en el mismo Dios...

El Dios que no busqué vino a buscarme
y no supe quién era, a qué venía.
Se fue. Pero volvió. Yo lo sabía:
a Dios no hay duda que me lo desarma.

Creí que iba a pedirme; vino a darme;



le rechacé el regalo. Me insistía.
Y me alargó la mano. Todavía
no sé por qué razón pude negarme.

Me fui. Él se quedó. Lo eché de menos.
Me dijeron que andaba entre hombres buenos,
generoso, fraterno, conjuntivo.

Y en el campo una tarde, al recordarlo,
me contestó cuando empecé a nombrarlo
al decir "surco, río, luz, olivo..."

¿Y tú? Tú, que no convives con esa desnudez suya, precisas de otra manera
suya de acercarse. Porque...

Jesús sabe que el hombre necesita
lo visible y cercano, lo tangible,
y para que se acerque a lo posible,
imágenes de Él le facilita.

Aquel Jesús de cruz y de calvario,
el nazareno aquel, el que decía
que por Amor la pena merecía,
quizá no sea tu imagen de diario.

Pero Él se va a la mano de las formas
porque sabe que tú no te conformas
si no lo ves, lo palpas, lo veneras...

Y permite a la mano que lo talle
y al pueblo que lo lleve por la calle,
¡para que tú lo nombres como quieras!



El mismo ante el que me quedo, con las mismas palabras de siempre:

Yo te cuesto, Señor, y tú me cuestas.
Yo te apunto, Señor, y tú me apuntas.
Y entre costes y cuentas viven juntas
sumas de dos que a veces suman restas.

Mi tierra pide surcos, y tus yuntas
a ararme el corazón están dispuestas,
pero, Señor, me tardan tus respuestas
y se me desesperan las preguntas.

Todo ha sido buscarte en mi camino
y preguntar por ti, ¿dónde, Divino?
fiándole al milagro toda suerte.

No dejes mi esperanza sin salida:
si acaso no me hallaras en la vida,
ven a buscarme donde esté mi muerte.

Porque lo he buscado. Porque lo llamé y muchas veces no me contestó.
Porque sigo esperándolo. Y porque Él tiene que saber que, si soy de Él, también Él
tiene que contar conmigo. Él tiene que saber que, si nada somos sin Él, nada es Él si
nosotros...

Cuando el silencio divino
he sentido alguna vez,
me dio miedo la mudez
que de Dios mismo me vino.
Pero en el mismo camino,
para que considerara,
le dije a mi Dios: "Repara,
Señor, ¿de Ti qué sería



si me llamaras un día
y yo no te contestara?"

¿O tú no te lo preguntas? Tú, el mismo que establece una excedencia de cupo en las filas del Credo. Tú, el mismo que golpea con su mano el pecho de otro para que no te duela la culpa. Tú, el mismo que en el Padrenuestro dice "...así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden" ... y envenenas el pan de su palabra y de su corazón, sin pararte a saber quién es el otro... ¿Tú vas a venir a cachearme el alma en las excluyentes fronteras de tu intolerancia, porque sospechas que trato de pasar demonios en los bolsillos? ¿Tú, que, si te pasas la mano por el corazón, a lo mejor te cortas? Has de saber que en esta cerería no se funden velas para que después, a conveniencia, le pongan una a Dios y otra al Diablo. Aquí sólo se funden ceras para una sola llama, y de esa cera sólo sale una clase de vela: la humilde vela con la que trato de alumbrar mi camino. Quiero decirte, por si no has oído bien, que aquí no hay más cera que la que arde. Así que no busques lo que no hay; mis velas nunca se van a confundir con las tuyas. De modo que a ver si, cuando me enciendas, sabes lo que enciendes. Porque jugamos a Dios, y Dios no somos. No me juegues a Dios, que Dios no eres. Te lo digo más claro, por si te quedaran dudas de lo que te digo:

Ni tú eres Dios ni yo soy el Diablo.
Somos hermanos en la misma Obra.
(Yo te mendigo Dios, si es que te sobra;
lo precisa el amor con que te hablo.)

No vengas a clavarme tu venablo
para aumentar mi duda y mi zozobra;
que Dios paga en Amor, y Dios no cobra
más que en Amor, amigo. Busca a Pablo.

El Dios que anda por mí, el Dios que digo
es un Dios de perdón, no de castigo;
y acaricia mi duda y no se espanta



de mis debilidades. No se aflige:
si ve que me equivoco, me corrige,
y si ve que me caigo, me levanta.

...Y junto a Él, con Él desde que le dolió en su vientre, Ella, su Madre, la Madre.
“¿Qué dirás de la mía”?

La pena como un puñal
María en el pecho lleva.
Es duro pasar la prueba
de ver de un hijo el final.
Pero a otras madres, un mal
les abre el vientre materno,
y en el dolor más interno,
buscan a gritos la luz,
porque saben que su cruz
no da al cielo, da al infierno.

Pero en ti el dolor de María es otro, único. Y lo llamas en veinte, treinta nombres distintos; en veinte, treinta calles distintas; frente a veinte, treinta perfiles distintos; entre veinte, treinta razones distintas... Para acabar llamándola tuya en todas...

Cuánto nombre para un único Cielo,
cuántas flores para una sola Rosa,
cuánto nombrarte siempre Dolorosa
para acabar nombrándote Consuelo.

Tantas coronas y una sola frente;
para los mismos ojos, cuánto llanto,
y cuánto, cuánto, cuánto perfil santo
para mirarte Una y diferente.



Cuánto nombre buscando hacerte suya
en la oración, el ruego entre la bulla,
en la devota y vieja cercanía...

para que todo sobre cuando vayas
a contarle la pena que te callas
y simplemente digas: "Madre mía..."

...Y todo eso, todo esto, es tuyo. Vívelo. Hazlo verdad en la calle. Te falta solamente una semana. Es la hora, muchacha. Has de salir de tu sueño. Se hizo el tiempo de la luz tangible. Se adjetivó contigo la Luz. Ve despertándote despacio, muy despacio, que parezca que nunca estuviste dormida... Porque, amigos...

Yo no digo que ella sea
la almáciga de la luz,
el relámpago andaluz
donde el azul se recrea.
Digo que cuando pasea,
todo a su paso se aclara.
Digo que el día se para
para copiarle su huella.
Digo que la llamo a ella
y la Luz vuelve la cara.

Yo no digo que ella tenga
lo que ninguna otra tiene.
Digo que si alguna viene
a compararse, que venga.
Que, aunque el mundo le sostenga
pulso de gloria, ella calla.
Digo que, aunque no la ensaya,
la gloria le viene al pelo.



Digo que se prueba un cielo
y siempre es el de su talla.

No digo que sus reflejos
den la hermosura perfecta.
Digo que es la predilecta
del cristal de los espejos.
De cerca, como de lejos,
¡qué gloria reconocerte!
No quiero tener más suerte
que el aire que te respiro,
muchacha, porque te miro
y no me canso de verte.

¡Levántate, muchacha; abre la ventana; asómate... Echa a andar...

Goza el cielo que se agacha
para tenerte más cerca;
goza la luz que te cerca
para tu gloria, muchacha.
Dios en persona despacha
marzo - ¿quién da más aquí?
Tengo que llegar allí
donde tu nombre es mi abrigo,
que la gloria que te digo
yo no la entiendo sin ti.



¡Sal, muchacha, sal y mira...! Se llama Primavera y viene preguntando por ti...

Hay una niña encendida
esperándote a la puerta;
más te vale estar despierta
al darle la bienvenida.
Porque viene convencida
de que la luz que le brilla
se originó en la semilla
que en tu vientre se criara.
Además..., tiene en su cara
tu misma cara, Sevilla.

He dicho.



Índice

La víspera	3
La memoria	7
Aquella vez	9
Ella	12
La ausencia.....	15
“¿Qué dirás de la mía?”	19
A qué vengo.....	24
Dios y el campo	26
Dios en la calle	28
El Dios final.....	32





Fundación

Cajasol